

Aparte esto, no pudiendo ningún físico, que así pueda llamarse, mostrar alguna ley que contradiga al Misterio del Altar, ha habido físicos eminentes que no han tenido rubor en dedicar párrafos edificantes, con objeto de confesar y loar la Eucaristía. En esa edad Media, á la que tan poca justicia se ha hecho: ingenios, como el de Alberto Magno, Dunsco Escoto y Raimundo Lulio, sondearon los senos de la física de aquellos tiempos y emitieron intensísima luz á las generaciones venideras. Casi todos los escolásticos fueron sabios físicos. Pues bien; todos estos religiosos eminentes, poseían diariamente en sus manos á Cristo Sacramentado y confesaban elocuentemente la fe de la Iglesia con tratados teológicos tan estupendos, según puede observarse en sus colosales obras.

Los que materializan, empero, todas las cosas, hasta la moral y el dogma, y no pretenden ver en ellas más que una naturaleza ciega, pregunten á sobresalientes físicos modernos, como Pascal que, aunque jansenista, confesó en sus últimos años la fe del Sacramento del Altar; (1) pregunten á Galvani, terciario franciscano; á Torricelli, á Gay-Lussac, á Franklin, á Newton y sobre todo al Padre Secchi, y oirán que de sus puras bocas sale un torrente de elocuencia, con la cual declaran que el Augusto dogma de la Eucaristía no es opuesto á ninguna de las leyes de Física. ¡Cómo se había de oponer, si estos mismos grandes físicos comulgaban con frecuencia! ¿Y se atreverán á enseñar lo contrario los que sólo poseen una simple tintura de esta ciencia utilísima?

Tampoco ha encontrado lógicos silogismos la *Medicina*; por el contrario ha tenido valientes defensores, como el evangelista S. Lucas y los santos hermanos Cosme y Damián, ilustres médicos de espíritu y materia, que derramaron su pura sangre por causa de la fe católica. La tuvo en S. Pantaleón, nobilísimo médico de Nicomedia y mártir de Jesucristo, y la ha tenido en S. Isidoro de Sevilla y en el Beato Raimundo Lulio, tan versados en los principios de medicina.

(1) Pensamientos.

Aun cuando por desgracia en estos últimos siglos ha habido medianías médicas escépticas, sin embargo, algunos doctores, como el amigo íntimo de Pascal, aunque jansenista, hablan tan devotamente de la Eucaristía, como pudiera hacerlo un asceta. Me consta de un licenciado en medicina, quien afirmaba que en las operaciones quirúrgicas admiraba siempre los dogmas de la Religión Católica, pues tan en armonía están con los principios médicos.

Hoy la ciencia, y en particular la curativa, se ha divorciado para su desgracia del Catolicismo, que tanto ha contribuído á su desarrollo y perfeccionamiento. Ella no pretende ver en el organismo humano más que pura materia, y los profesores que así discurren, no diría yo que han estudiado filosofía durante el bachillerato, pero qué ni la han saludado, ó si hicieron esto, jamás la comprendieron.

No obstante, la medicina en sus diversos sistemas de curación: alopátia, homeopatía é hidroterapia, puede contar sabios profesores de distintas naciones que, amantes de la verdad, han reconocido que la ciencia que profesan en nada se opone á la Religión Católica, antes por el contrario, consignan que ella es parte de la verdad revelada como única verdad, de la cual reciben vida las ciencias legítimas. El Vice-Presidente de la Sociedad Francesa de S. Lucas, cirujano jefe del Hospital de S. José, decía no hace mucho en una representación á Pío X:—Nosotros, médicos, creemos que la verdadera ciencia conduce á la fe y vemos en la creación la potencia divina presente y activa.—Particularmente la hidroterapia, más conforme con los principios naturales de curación, puede asegurar, sin temor de mentir, que la mayor parte de sus profesores son católicos; que cuenta entre éstos muchos sacerdotes, como á Monseñor Sebastián Keipp, párroco de Wörishofen (Ausburgo) autor de varias obras hidroterápicas y á Mons. N. Neuens, párroco de Bivange (Luxemburgo), discípulo de aquél, también autor de varias obras del sistema hidroterápico. En esas obras se ve lo que es y debe ser la ciencia médica, producto de Dios, y por lo tanto hija de la verdad única, de la verdad revelada y en consecuencia sos-

tenedora de todos sus dogmas, particularmente del de la Eucaristía, que proporciona vida á todos ellos. No hace mucho que un concurso numeroso de médicos católicos, ha ido á Roma á prestar sus homenajes al Jefe de la Iglesia y á protestar de su adhesión inquebrantable á la fe católica.

Las demás ciencias naturales, como la *Botánica* ó estudio de los vegetales, que entona diariamente un himno al Creador; la *Geología*, ó conocimiento del estado físico actual de la tierra, con sus diversas sub-ciencias: Fisiografía, Geognosia y Geogonía que, apoyando los sagrados libros, ostenta á cada momento la gloria y omnipotencia del Altísimo: ¿no dan crédito á los dogmas de una Iglesia fundada y sustentada por este mismo Señor?

No importa que cerebros escépticos y ateos se hayan distinguido un tanto en la historia de la naturaleza; éstos forman la escoria de los eminentes naturalistas. Hombres sapientísimos, como S. Isidoro de Sevilla, Bacon y otros escolásticos, Jorge Luis Leclere, conde de Buffón, los cuatro Jussieu, Antonio y Bernardo, hermanos, Lorenzo y Alejo, padre é hijo, el celebérrimo sacerdote Cavanilles, prez de la ciudad del Cid, M. Sturm y Tomás Cuchi que tan bien supieron interpretar el espíritu de la naturaleza, y otros más que omito, los cuales no hallaron obstáculo alguno en dichas ciencias no sólo para creer, antes bien para celebrar las grandezas del Sacramento Santísimo.

V

Pero ¿qué diremos de las ciencias exactas? ¿Hallará la *Aritmética* y el *Álgebra* en las profundidades del Misterio del Altar algún embarazo para desarrollar sus cálculos y operaciones? Un matemático tan eminente como el abate Le-Noir, demostró hasta la evidencia, por medio de estas dos ciencias, la existencia de Dios. No seré yo quien se atreva á decir que el Misterio de la Eucaristía puede ser evidenciado mediante las matemáticas, pero sí diré que estas dos ciencias no contienen ningún principio que se oponga al dogma del inefable Sacramento, y que esté Misterio, según

observaremos después, ha dado un impulso grande á la aritmética y álgebra. El Dios de la Eucaristía es el Dios de los números, es el Dios de las reglas y operaciones matemáticas. ¿Cómo, pues, el efecto ha de estar en contradicción, ni aun tener el menor rozamiento con su Causa?

La *Geometría*, no obstante, al parecer de alguno, podría con insensato orgullo presentar inconvenientes respecto de la extensión. Se dirá por ejemplo: trácese una línea recta y divídase en cuantos puntos sea divisible; geométricamente un punto no puede estar sino al lado del otro, de suerte que ambos ocupen lugar distinto; en una palabra, que una línea distribuída en puntos, tiene extensión. Ahora bien, ocupándose la geometría de la extensión y de las medidas, el Cuerpo natural y físico de Jesucristo tiene extensión, luego para existir en la Eucaristía deberá guardar las mismas proporciones. Este argumento que parece nuevo, fué en un todo desvanecido, al ocuparnos de la extensión de los cuerpos, y allí vimos que se ignora cuál es la verdadera esencia de la extensión, pero que no obstante no repugna que dos cuerpos y por lo tanto dos puntos geométricos ocupen naturalmente un mismo lugar; cuanto más que Jesucristo está real y corporalmente presente en la Eucaristía de un modo sobrenatural y á modo de espíritu. El insigne Balmes no ve en el propuesto argumento fuerza alguna, y él mismo tiene demostrado lo que nosotros acabamos de indicar. Pero esta cuestión no es de ayer; matemáticos tan sabios como Galileo y Newton no hallaron en sus ciencias favoritas ningún argumento contra los dogmas católicos: la ciencia está hermanada con las verdades de la fe.

La *Astronomía* no ha encontrado en sus leyes más que motivos para bendecir mil veces al Autor de los dogmas, á Cristo Dios sacramentado. El célebre astrónomo Copérnico se extasiaba ante la contemplación de los puntos luminosos del espacio, y por ellos bendecía las obras de Dios. Hoy, los grandes astrónomos pertenecen á la Iglesia Católica.

Pero, ¿qué más? la *Filología* con sus investigaciones sobre las raíces de las palabras, no ha tenido más remedio

que confesar ingenuamente las verdades que nos aseguran los libros santos acerca del origen del hombre y la unidad de idioma en el principio del mundo. Ella, por medio de los sufridos misioneros, ha examinado á fondo todos los idiomas conocidos, y tanto por las palabras y frases de éstos, como por los antiguos libros religiosos y tradiciones populares, nos ha legado la idea verdadera de un solo Sacrificio latréutico y la unidad del dogma sacrosanto de la Eucaristía.

La *Legislación* ¿qué motivos no halla en sus antiguas leyes, animadas todas ellas del espíritu de fe y unción religiosa y de una devoción acendrada hacia el Sacramento Santísimo, cuando se ocupa de la veneración que á Él debe tributarse? En el tercer tratado tocaré esta materia con mayor detención.

La tan ponderada ciencia de la *Economía* debiera sujetarse absolutamente á lo que enseña Cristo Sacramentado, en su Evangelio y en la Eucaristía, y entonces resolvería el problema actual. Pero los que la administran, generalmente han renunciado á la fe y á la moral cristiana, al menos prácticamente, y con esta conducta jamás verán cumplidos sus deseos. La justicia y la caridad son precisamente los dos goznes sobre los que ha de girar esta ciencia, hoy tan necesaria, pero tan mal administrada porque está peor entendida; si estas dos virtudes no se exigen como requisitos esenciales y absolutamente indispensables para resolver la cuestión de la actual economía, la sociedad caerá en un desquiciamiento inevitable. La Eucaristía sale al encuentro para levantarla del suelo y enseñarle el camino que ha de recorrer (1).

Finalmente, la *Historia*, con su parte de *Crítica*, es la ciencia que, después de la teología y la filosofía, compele mejor que ninguna otra á la creencia de nuestro dogma. Ella posee hechos culminantes, presenciados por ineludibles testigos y pueblos enteros; ella ostenta documentos interesantes y monumentos antiquísimos; ella ofrece testimonios de todas las

(1) Véase el capítulo que se ocupa de la Eucaristía y la Economía.

naciones y de todos los pueblos y de todos los hombres, tanto católicos como heterodoxos, tanto deístas como ateos; ella, en una palabra, es un gran libro abierto é irrecusable que enseña elocuentemente que el Misterio de la Eucaristía es verdadero, es cierto, es positivo; y los hechos culminantes son los milagros que el Omnipotente ha obrado para demostrar la real presencia de Cristo en el Sacramento; y los documentos interesantísimos son las obras, los opúsculos, las cartas, los concilios, los capítulos, los argumentos, las reyertas sobre la Eucaristía; y los monumentos antiquísimos son las inscripciones de las catacumbas, y los templos, y las capillas, y los tabernáculos, y los ostensorios, y los vasos sagrados, y los ornamentos para celebrar el Misterio del Altar; y los testimonios interesantísimos son los de los católicos, herejes, infieles, amigos, enemigos, hombres, mujeres, niños, ángeles buenos y malos, hasta irracionales que han doblado su frente para adorar el Sacramento del amor; y el libro abierto es el universo con todo su contenido, y los siglos con todas sus épocas que nos han transmitido la fe de este excelso dogma. Pregunto ahora, ¿será real el Misterio de la Eucaristía? La historia, ¿será fiel prueba de este dogma? La Eucaristía ¿habrá ennoblecido á la historia? Respuestas afirmativas corresponden á estas preguntas, que procuraremos desenvolver poco á poco en el discurso de la presente obra.

En resumen, «la ciencia, según el M. I. S. Gómez Adanza, lejos de hallar dificultades ante el soberano Misterio de la Eucaristía, al contrario, crece y se aumenta con inmensos tesoros de incalculable riqueza. Diríase que semejante á matrona noble y virtuosa, toma en su mano la antorcha de la fe, la mira, la estudia y al ver que no le abrasa ni le quema, sino que le presta poderoso auxilio en el resplandor de sus rayos, síguelos en todas sus direcciones y penetra con seguridad en el vasto edificio de los conocimientos humanos, sube de punto y abraza hasta lo divino, y al encontrarse con Dios humanado en la Hostia santa ¡ah! entonces se dilata su pupila y ve, cómo huyendo las sombras y las nebulos

sidades, descúbrese á su vista un panorama sublime, en que aparece la humanidad en toda su verdadera historia y se divisa á la Divinidad misma marchando unida al hombre en el ejercicio constante de una bondad sin fin; las letras y las artes y todo cuanto hay de bello en el mundo, vese dotado de una nueva vida y se manifiesta adornado de majestuosos encantos» (1).

VI

Y con efecto, verdad importantísima es la que acaba de emitir el ilustrado escritor, respecto de la cuál deberemos hacer nosotros algunos breves comentarios, ampliándola para dar mayor realce á la influencia que la divina Eucaristía ha ejercido en el desarrollo de las ciencias. Hemos visto que éstas, á medida que han ido progresando y á la manera que sondeadas han estado, tanto menós han podido presentar un argumento contra el dogma de la Eucaristía; y esto es porque el progreso verdadero, el desarrollo de la verdadera sabiduría, son hijos de la verdad, y la verdad es diametralmente opuesta al error, porque la verdad procede de Dios, ya que Dios es verdad y en Él no cabe error de ningún género. Ahora bien, la verdad, á medida que se va estudiando se acerca á su Autor, de quien procede, hasta identificarse con Él mismo. Por eso, las ciencias, cuanto más desarrolladas estén, cuanto más llegado hayan á su perfección, tanto más se verá en ellas al Ser Supremo y tanto mejor conocerán que los dogmas católicos revelados por Él no están en oposición con la verdad.

Más aún. Si la verdad procede de Dios, y fuera de Él, la sabiduría y la ciencia desaparecen, cierto es que, para que la verdad sea conocida, la sabiduría amada y la ciencia progrese, es preciso el influjo de ese mismo Autor de la verdad, es indispensable la luz divina. He aquí por que el influjo de la Sagrada Eucaristía, en la que corporalmente habita Jesucristo, Dios de Dios y luz de luz inextinguible, sea

(1) La Euc. y la Ciencia §. VII.

necesario de todo punto á fin de que la verdad se entronice, la sabiduría se difunda y la ciencia se arraigue.

Y por cierto: ¿qué no ha obrado el Divino Sacramento del Altar en pro del desarrollo de las ciencias? ¿Qué impulso tan benéfico no ha dado á todos los ramos del saber humano? La Teología, con el brillante reflejo de esta Luz divina, ha llegado á una perfección tal que parece tocar su término. ¿Qué teólogos, qué doctores, qué santos Padres no ha formado, depósitos de ciencias y á veces únicos arsenales donde se encerró la sabiduría humana? ¿Qué vírgenes, qué ascetas, qué misioneros, qué monjes y religiosos no brillaron al calor de la Eucaristía? ¿Y qué no hizo esta Prenda del cielo con la teología para mortificar las pasiones, para ahogar los vicios, para sembrar las virtudes, para coartar el despotismo de los príncipes, para arreglar las paces entre soberanos y súbditos, para transformar todo el universo, para hacer cumplir el fin á que ha venido el hombre á la tierra y conducir los hombres á un paraíso eterno? Abrid la historia y veréis en cada una de sus bellas páginas hechos conmovedores que os acreditan esto mismo. Recorred el glorioso campo de la filosofía, estudiada con el solo interés de inquirir la verdad, porque lo demás, dígase lo que se quiera, no es filosofía, y veréis cuántos sabios, amamantados en la Religión Católica y dirigidos por los esplendores del Sacramento inefable, desplegaron el dilatado y bello manto de la filosofía, examinaron sus más recónditos pliegues y la estudiaron por ambas partes. Casi todos los verdaderos filósofos salieron de las escuelas y cátedras y universidades católicas, sostenidas por la Religión; la mayor parte de estos grandes filósofos eran eclesiásticos, seculares ó regulares, y los que no lo eran, habían sido enseñados por éstos. Pero ¿quién impulsaba á dichos filósofos á tener tanta abnegación, amor tanto á la sabiduría? ¿Quién les infundía la ciencia filosófica? Abramos los ojos y confesemos ingénuamente que los eclesiásticos maestros recibían todos los días la luz de un Sacramento al que manejaban y ofrecían, y los legos discípulos comulgaban también. La

luz que la Eucaristía había difundido á los profesores era reverberada en los discípulos. Cuando los mal denominados filósofos, cuando los impíos invadieron las cátedras universitarias, la verdadera filosofía no tenía necesidad de nuevas indagaciones y discusiones; había llegado á su elevado apogeo, á sus límites; lo que han hecho las nuevas teorías y los modernos sistemas es oscurecerla ó al menos presentarla más ininteligible.

Esto mismo que acabamos de insinuar respecto de la filosofía podíamos decir de todas las demás ciencias, porque, para no ser molestos, una regla general asiste á todas ellas, respecto del punto que nos ocupa; y es que, cuando los profesores de una ciencia se han apartado del Catholicismo, y por consiguiente de Cristo Sacramentado, que le anima y vivifica, entonces se han visto sumidos en la más negra confusión; por lo tanto una ciencia prospera más, si se nutre del alimento cristiano; brilla más, si es iluminada con los rayos del sol eucarístico; y por el contrario, infinitas teorías falsas ó infundadas invadirán una ciencia cuanto menos nutrida se halle de los principios cristianos, cuanto más apartada esté del influjo del Sacramento.

Debido á esto, y con la historia en la mano, debemos recorrer el curso de las ciencias y confrontar tiempos con tiempos y profesores con profesores, y notaremos esta verdad elocuente. Cristo Dios, en el bellissimo Sacramento del Altar, mediante su luz divina, ha influído poderosamente para que las ciencias naturales adelantaran con los eclesiásticos y con otros naturalistas cristianos. Otro tanto ha obrado con las ciencias exactas, haciendo surgir Ministros suyos que las cultivasen y perfeccionasen. La Filología se desarrolló rápidamente no por otro motivo que el de las misiones católicas, viéndose obligados los evangélicos misioneros á estudiar, indagar y comparar los idiomas para dejarse escuchar de los infieles. ¿Y quién impulsó á aquéllos sino el Dios del amor sacramentado por cuya gloria arriesgaban empresas semejantes? Este mismo Sacramento de caridad inspiró las plumas de los legisladores

justos, á fin de que dispusiesen los códigos, de conformidad con los principios naturales y divino-positivos. Y ¿cuánto mejor no fueron gobernados los pueblos con dichos códigos? Á Jesús Sacramentado se debe, pues, tanto beneficio, prosperidad tanta. Estos mismos saludables efectos experimentaríamos con la ciencia económica si Cristo-Hostia fuera el modelo de la economía. Justicia, caridad, compasión: éstos son principios de una buena economía; en el Sacramento, pues, se nos invita y hasta se nos estimula á que practiquemos estas virtudes. Mas ¿qué es lo que este Sacramento no ha influído para el desarrollo y para la belleza de la historia?

Sus mejores páginas son las que se ocupan de la Religión Católica, y sus más hermosos acontecimientos los que tratan del Augusto Misterio de los altares. Al modo que este Sacramento se destaca entre todas las bellezas del Cristianismo, así los períodos que versan acerca de Él brillan entre todos los que se ocupan de otras materias. Si es verdad que esta Vida divina fecundiza á la Iglesia, también puede decirse que la mejor y más extensa parte de la Historia Eclesiástica se debe á la Eucaristía; si resplandece cual radiante faro que ilumina á la humanidad errante, es porque Cristo Sacramentado le refleja su luz indeficiente. ¡Cuántos célebres hombres no ilustran la historia! Den, pues, gracias á Jesús Sacramentado que les ha colocado en esfera tan altísima.

Demos fin al presente capítulo bendiciendo infinitas veces al Dios de los altares y consignemos en resumen, para su eterna gloria, que en vano las inteligencias depravadas ó medianas se escudarán en la ciencia para atacar el dogma sacrosanto de la Eucaristía, ya que la ciencia ha confesado siempre que nada tiene que oponerle, antes por el contrario, sostiene mil veces y sostendrá hasta el fin del mundo que viene de Dios, y que si alguna hermosura posee es porque el Sacramento del Altar la ha engalanado con tales atavíos que la han hecho apreciar de los hombres sabios.